

OBITUARIO

De *Andrés Gallardo*

Ediciones Cuadernos Sur, Concepción, 1986.

*La muerte es un espejo que refleja
las vanas gesticulaciones de la vida.*

OCTAVIO PAZ

Aquí, en este libro brevísimo —Ediciones Cuadernos Sur, Concepción, 1986—, los que mueren son chilenos. No caben dudas. Gente que se llama: Carlos González Vargas, Deidamia Silva Larraguibel, Robertito Sandoval Atala, O'Higgins Salazar Godoy. Nombres completos, como corresponde a un obituario, es decir, a un registro de óbitos.

Registro, sí. Apenas si unas líneas o la brevedad del nombre. No es cierto que la muerte se lo lleve todo. Deja, al menos, el trazado de letras que nos adhieren al nacer y que la vida llenará o vaciará de contenidos. A veces, deja menos que un nombre: "C.G.V" (pág. 9). Más terrible todavía N.N. "N.N., heladito ahí en su rincón de morgue, tenía el aire inconfundible del don nadie" (pág. 12). ¿Cuántos N.N., hoy por hoy, en Chile? Chilenos que aparecen por ahí "con las costillas rotas y con el pulmón izquierdo reventado" (pág. 22) y que a un escritor como Gallardo se le ocurre rescatar bajo el nombre de Próspero Matamala Matamala (*Lógica*, pág. 22).

Registro, además, de circunstancias y de lugares. Chile en su toponimia capitalina y provinciana: Erasmo Escala 2247; Cumming con Rosas; Rancagua; Illapel. Morir en Chile o de los espacios que ocupa la muerte.

Registro de actitudes también. Nombres y actitudes. La vida, el nombre cristaliza en unas cuantas actitudes: lo obsesionó la seriedad (*El legado del héroe*, pág. 14); respondió a un destino implacable, o tal vez, sólo enloqueció por el desamor, la sociedad (*Las leyes de la herencia*, pág. 15); bebió y bebió no más el vinito de Cauquenes (*Constancia*, pág. 21). La vida comprimida por la muerte en unos cuantos gestos. Gestos de chilenos, una vez más: beben, consultan gitanos, cultivan la melancolía, desaparecen, elaboran teorías absurdas. Chilenos de la clase media escribiendo sobre la nada.

¿Neocriollismo? (Así se habla de Gallardo) Tal vez. Siempre que el criollismo se lo entienda como un esfuerzo de expresar que la vida de nuestros paisanos no transcurre en abstracto o, a todo lo más, vía París, Londres o Madrid. Neocriollismo, a condición de que la palabra asocie, convoque, reconozca, como en este caso, y que no desparrame, disperse, exhiba, como en el otro. Crónica, de todos modos, que muere en Chile porque vivió en Chile.

Obituario = Registro. De óbitos. Es decir, de fallecimientos. Fallecer es y no es morir. Frente al nacimiento, la norma lingüística ubica simétricamente al fallecimiento, y, frente al acto de nacer, el de fallecer. No morir. A la acción de morir corresponde el sustantivo muerte, más abstracto y general. Por lo mismo, un fallecimiento es siempre algo concreto: fallece zutano o mengana. En cambio, muere una idea, una civilización, Dios. Gallardo lleva un registro de fallecimientos estrictos. Observa y narra la desaparición de seres mínimos y breves. El punto de vista en el cual se sitúa no es el de la humanidad ni el de la especie. Es el de la concreción del nombre propio: Primer nombre,

apellido paterno, apellido materno, cuya extinción arrastra la desaparición de la vida que lo llenó y lo hizo historia. Es decir, al modo del registro data, maneja nombres y lugares. A diferencia del mero registro, dota, entrega sentidos a la muerte. Del dato del registro que repite obsesivamente una misma operación: falleció Zutana; falleció Mengano, se accede a la dote o regalo de la significación. Vida significada en la muerte, o su inversión. Es decir, discurso.

Discurso de ecuaciones o leyes: tal viviste, tal moriste. Gramática de la muerte que, en el marco del fallecer, no es otra cosa que visita. Agarra un hígado, un estómago, una próstata y el tipo muere sin heroicidad alguna, hundido en el mismo medio tono terrible que construyó. A la orilla de la vida, la muerte clausura una lógica que sólo el discurso puede develar. De este modo, Gallardo construye una verdadera gramatología de la muerte de la clase media en la vida de la clase media chilena.

Sus muertes plurales terminan por convocar a la muerte. Omnipresente, sufre sucesivas transformaciones: es crueldad necrofílica en *El tufillo* (pág. 19); venganza, en *El pronóstico* (pág. 20); símbolo, en el suicidio de Anselmo en *Edipo* (pág. 18); nostalgia corrosiva en *Quiasmo* (pág. 16).

Muerte datada y dotada de sentidos en el macabro equilibrio del *Obituario*. Su último recurso: la ironía. Disolución discursiva tan legítima como el grito o el llanto. En todo caso, último refugio de la mirada. Ante el espanto inevitable y terrible, el humor. Gesto que nos suele acompañar por estos pagos y que Gallardo lleva casi con insolencia.

PATRICIO RIOS SEGOVIA

DE SOCRATES A SARTRE

De Carlos Fortín Gajardo

Ediciones Sócrates. Santiago.

El autor de esta obra ha sido profesor de Filosofía en varias Escuelas Internacionales de Temporada. Son valiosos sus trabajos de síntesis e investigación. Su reciente obra, pedagógica y documental, abarca el pensamiento filosófico desde Sócrates a Sartre. Se ha dicho que los filósofos, amantes de la sabiduría, son hombres tristes, quizás porque la Filosofía es una reflexión muy compleja.

El autor destaca, en su armónica exposición, la comprometida teoría de los valores y los diversos tipos y niveles de "ser hombre", generadores de curiosas formas de vida. Los códigos de moralidad están ahí, entre aseveraciones y posibilidades.

Resulta curioso comprobar que algunas civilizaciones, cumplidas o abortadas, tuvieron un repertorio de verdades, que hoy se consideran como desenfoques y engaños. Pero la Filosofía, como tal se dice en el estudio de Fortín Gajardo, tiene sus movimientos pendulares, sin duda porque las explicaciones absolutas no existen en la vida del ser humano.

Los sociólogos han dicho que los intereses y las ideologías son transitorios. Cada época crea sus propios complejos ideológicos.